

“El sencillo y obvio sistema de la libertad natural”:

El modelo smithiano y su relevancia actual

por

“Ana Wilmansdóttir”

*Los que no pueden recordar el pasado  
están condenados a repetirlo.*

— George Santayana (1905)<sup>1</sup>

I

En el siglo XVIII el filósofo y economista escocés, Adam Smith, presentó una visión revolucionaria del orden económico en su obra maestra, *La riqueza de las naciones*. Su propuesta, a la que se refería como "el sencillo y obvio sistema de la libertad natural", planteaba que la búsqueda individual del propio interés, regulada por la competencia y las leyes del mercado, podría conducir al bienestar general de la sociedad. Este modelo smithiano, basado en principios de libre comercio y mínima intervención gubernamental, se convirtió en la piedra angular del pensamiento económico clásico y sigue siendo un referente obligado en los debates contemporáneos sobre política económica.

El presente ensayo explora los fundamentos del modelo smithiano, desglosando sus componentes esenciales, especialmente sus críticas del “mercantilismo” predominante en su época, críticas que siguen siendo relevantes hoy en día en un mundo donde las políticas proteccionistas y las intervenciones

---

<sup>1</sup> *La vida de la razón* (Buenos Aires: Editorial Nova, 1958), p. 96.

estatales en la economía resuenan con fuerza. Se argumenta que la economía de mercado, cuando se deja operar libremente bajo las directrices del sistema de precios, fomenta la innovación, la eficiencia y la prosperidad general, creando un entorno donde se potencian las oportunidades de crecimiento y los recursos se asignan de manera óptima.

La relevancia del legado smithiano ofrece una perspectiva enriquecedora para entender tanto los éxitos como los desafíos que enfrenta la economía en el mundo contemporáneo. En última instancia, este ensayo defiende que el modelo smithiano sigue siendo un marco de referencia invaluable para promover una economía dinámica y equitativa en el siglo XXI.

## II

Como fenómeno histórico, el capitalismo tiene sus orígenes en la transición del feudalismo al mercantilismo en Europa durante los períodos del Renacimiento y la Ilustración. El ascenso del capitalismo fue impulsado por factores como la expansión de las rutas comerciales y el surgimiento de una economía de mercado. Sin embargo, es crucial señalar que el mercantilismo, que dominó la teoría y la práctica económicas en Europa en los siglos XVI, XVII y XVIII, ofrecía una visión radicalmente diferente a las ideas de libre comercio propuestas por pensadores posteriores. Entre otras cosas, los mercantilistas abogaban por una fuerte intervención estatal en la economía, políticas comerciales proteccionistas, y la acumulación de metales preciosos como medida de la riqueza nacional.

Uno de los principios clave del pensamiento mercantilista era la creencia en una visión de suma-cero del comercio internacional, donde la ganancia de un país

se consideraba la pérdida de otro. Esta perspectiva contrastaba con la noción de comercio mutuamente beneficioso articulada por economistas como Adam Smith en el siglo XVIII y David Ricardo en el siglo XIX. Los mercantilistas veían las exportaciones como fuentes de riqueza nacional y buscaban lograr superávits comerciales mediante aranceles, subsidios y monopolios, a expensas de los competidores extranjeros y de los consumidores domésticos.

Además, las políticas mercantilistas a menudo priorizaron los intereses del Estado y de las elites mercantiles sobre los de la población en general. La estrecha alianza entre el gobierno y los intereses mercantiles dio lugar a sistemas de privilegios económicos que los críticos consideraban antitéticos a los principios de libre competencia y libertad individual defendidos por teóricos como Smith, quien trató de explicar los factores que determinan el progreso económico en el contexto de una economía no regulada ni sujeta a restricciones artificiales, y formulando las políticas económicas que podrían tomarse para crear un ambiente favorable para un crecimiento económico sostenible a largo plazo.

### III

Al hablar de progreso económico, y previo a una discusión del “modelo” smithiano, conviene aclarar que en la práctica la evaluación de cualquier política económica siempre dependerá, no sólo de consideraciones técnicas, sino también de supuestos “meta-económicos” que muchas veces son reflejo de juicios de valor implícitos y tan arraigados que su influencia pasa desapercibida — aunque no por ello menos reales.

Uno de tales supuestos, que rara vez se plantea explícitamente — aun cuando es ampliamente compartido de manera implícita — es que el criterio final para la evaluación de una política económica debe ser su efecto sobre el bienestar económico de la gran mayoría del pueblo. Este supuesto parece hoy en día tan evidente y razonable que muchos incluso cuestionarían la necesidad o conveniencia de plantearlo abiertamente. Lo que generalmente se pierde de vista, sin embargo, es que este criterio es de hecho muy moderno. Antes de Adam Smith, por ejemplo, predominaban ideas muy diferentes, y como bien señala Edwin Cannan, en un ensayo conmemorativo ya casi completamente olvidado, uno de los grandes cambios permanentes que introdujo Smith en el análisis económico fue la noción de que, cuando se habla de la “Riqueza de las Naciones,” el concepto de “nación” debe interpretarse en un sentido amplio, tomando en cuenta los intereses del pueblo entero, y no únicamente los del soberano o de las clases dominantes: “... no puede ser perjudicial para el todo social lo que aprovecha a la mayor parte de sus componentes. Ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros son pobres y miserables.”<sup>2</sup>

El gran mérito de Smith radica en haber implantado este criterio en una época en que predominaban opiniones diametralmente opuestas. Concretamente, las ideas smithianas plantean un marcado contraste con el punto de vista de los mercantilistas, para quienes el objeto de la política económica consistía

---

<sup>2</sup> Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* [1776] (México: Fondo de Cultura Económica, 1958), p. 77 — cf., Edwin Cannan, “Adam Smith as an Economist,” *Economica*, No. 17 (1926): 126-129.

fundamentalmente en acrecentar el poder del Estado, y el bienestar económico de la población era en todo caso un motivo secundario. Más bien, muchos mercantilistas de hecho consideraban la *pobreza* de la clase obrera como algo positivo y beneficioso para la nación. Claramente se aprecia aquí que los conceptos de “pueblo” y “nación” no coinciden en este esquema.

Como ejemplo de este contraste, podemos citar las opiniones del mercantilista Bernard Mandeville, quien publicó la segunda edición de su *Fábula de las abejas* apenas medio siglo antes de *La riqueza de las naciones*: “ ... resulta evidente que, en una nación libre donde no se admite la esclavitud, la riqueza más segura consiste de una multitud de pobres laboriosos”. Esta observación es repetidamente enfatizada: “ ... es del trabajo de los pobres ... de donde provienen las comodidades de la vida .... [Sin embargo] no tenemos apenas suficiente gente pobre para desempeñar los trabajos necesarios para nuestra subsistencia”. Enseguida este autor señala que “el grueso de la sociedad ... en todas partes debería consistir de los pobres laboriosos”, y más adelante hace referencia a “ ... las vastas multitudes de pobres laboriosos que se requieren para formar una gran sociedad”.<sup>3</sup>

Debido a esto Mandeville expresa, sin ningún rodeo, la conveniencia de mantener en la pobreza a la clase obrera: “[Los pobres] no deben pasar hambre, pero tampoco deben recibir nada que les permita ahorrar .... [A] todas las naciones ricas les conviene que la mayor parte de los pobres casi nunca estén ociosos, y

---

<sup>3</sup> Bernard Mandeville, *The Fable of the Bees* [1723], ed. F. B. Kaye (Oxford: Clarendon Press, 1924), vol. I, pp. 287, 301-02, 355-56.

también de que gasten continuamente lo que reciben”. En otro lugar señala: “He planteado la máxima, que nunca debe ser violada, de que los pobres deben mantenerse empleados, y que sería prudente aliviar sus necesidades, pero un gran error curarlas del todo”.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 193-194, 248. Por estas mismas razones, Mandeville se oponía a la educación de la clase obrera: “Para tener una sociedad feliz y un pueblo contento en la mayor pobreza, es necesario que un gran número de ellos sean ignorantes, además de pobres”. En otra parte, se quejaba de que “las gentes de los rangos inferiores saben demasiado como para poder servirnos” (pp. 287-288, 302). El editor de Mandeville, F. B. Kaye, trata de atenuar la crudeza de estas afirmaciones, señalando que hoy en día tendemos a juzgarlas desde un punto de vista “humanitario” que apenas existía en tiempos de Mandeville — cf. “Introduction,” p. lxx (aprovecho esta oportunidad para rendir tributo al notable trabajo editorial del Profesor Kaye, especialmente su magnífico ensayo introductorio, obra maestra de impecable erudición). Esta observación es justa, aunque también es cierto que, visto en esta perspectiva, el contraste con el punto de vista smithiano resulta aún más marcado. En todo caso, es evidente que la concepción mercantilista de la riqueza es eminentemente “clasista”: para los mercantilistas la “riqueza” de una nación no consiste de los bienes y servicios de que dispone el pueblo para satisfacer sus necesidades, sino de los recursos de que disponen las clases dominantes para la realización de sus propios proyectos y empresas. Estos dos objetivos rara vez serán coincidentes.

(Algunos podrían cuestionar la identificación de Mandeville como un “mercantilista,” dado que se puso de moda en el siglo XX reclamarlo más bien como un precursor del liberalismo clásico y de la tradición que concibe la sociedad como un “orden espontáneo”.<sup>5</sup> Por otra parte, Eli Heckscher, autor del tratado definitivo sobre el mercantilismo, lo ubica sin rodeos en el campo mercantilista.<sup>6</sup> Quizá lo más correcto sea considerarlo como una figura de transición entre las dos concepciones. En todo caso, los pasajes que hemos citado son bastante representativos del punto de vista mercantilista sobre este tema, y podemos también encontrar en los escritos de Mandeville muchos otros ejemplos de expresiones típicamente mercantilistas. La siguiente cita debería despejar toda duda al respecto: “Los buenos políticos, mediante hábiles manejos, imponiendo fuertes tributos sobre ciertos bienes, o prohibiéndolos del todo, y reduciendo los derechos sobre otros, pueden siempre desviar el curso del comercio en la

---

<sup>5</sup> Cf., por ejemplo, Norman Barry, “The Tradition of Spontaneous Order,” *Literature of Liberty*, 5 (2) (1982): 16-20.

<sup>6</sup> *La época mercantilista* (México: Fondo de Cultura Económica, 1943): “La idea central del mercantilismo podría expresarse así: hay que tomar a los hombres como son y enderezarlos, empleando para ello medios hábiles, en la dirección que convenga al interés del Estado. Nadie ha expresado esta idea mejor que Mandeville (1723): ‘Los vicios de los individuos pueden convertirse en beneficios públicos *mediante los hábiles manejos de políticos diestros*’ [las itálicas son de Heckscher]. Esto quería decir, en primer lugar, que los intereses económicos privados del individuo debían ponerse al servicio del Estado” (pp. 734-735).

dirección que se les antoje, .... Pero ante todo, deberán vigilar cuidadosamente el balance comercial, y nunca permitir que las mercancías extranjeras importadas en un año, excedan en valor lo que de sus propias manufacturas exporten a otros [países] en el mismo período”.<sup>7)</sup>

#### IV

Hoy en día las expresiones de Mandeville nos parecen chocantes y mezquinas, y pocas personas comparten los valores que se reflejan en ellas (o por lo menos no lo manifiestan abiertamente). Las ideas de Adam Smith, en cambio, expresan sentimientos más liberales y generosos, y parecen concordar mejor con el consenso de la opinión moderna sobre el tema. Con estas consideraciones en mente, cabe plantearse entonces la siguiente interrogante: ¿Cuál es el sistema económico más adecuado para maximizar la “Riqueza de las Naciones”, entendida ésta en sentido amplio?

Según Smith, tanto el nivel del ingreso real per cápita como su tasa de crecimiento dependen esencialmente de “la aptitud, destreza y sensatez con que generalmente se ejercita el trabajo”, es decir, de lo que hoy en día llamaríamos la productividad laboral.<sup>8</sup> A su vez, Smith atribuía las diferencias internacionales e inter-temporales en la productividad a diferencias en el grado de división del trabajo. Para ilustrar los efectos de una mayor y más fina división del trabajo,

---

<sup>7</sup> Mandeville, *op. cit.*, p. 116.

<sup>8</sup> Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 3.

Smith recurrió al ejemplo de una manufactura “de poca importancia”, la industria de alfileres:

Un obrero que no haya sido adiestrado en esa clase de tarea, ... , por más que trabaje, apenas podría hacer un alfiler al día, y desde luego no podría confeccionar más de 20. Pero dada la manera como se practica hoy día la fabricación de alfileres, no sólo la fabricación misma constituye un oficio aparte, sino que está dividida en varios ramos, .... Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta, .... En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas 18 operaciones distintas, .... He visto una pequeña fábrica de esta especie que no empleaba más de diez obreros, donde, por consiguiente, algunos tenían a su cargo dos o tres operaciones. Pero a pesar de que eran pobres y, por lo tanto, no estaban bien provistos de la maquinaria debida, podían, cuando se esforzaban, hacer entre todos, diariamente, unas doce libras de alfileres. En cada libra había más de 4,000 alfileres de tamaño mediano. Por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de 48,000 alfileres, cuya cantidad dividida entre diez correspondería a 4,800 por persona.<sup>9</sup>

Este gran incremento en la productividad del trabajo Smith lo explica en términos de tres factores básicos: “[Primero] de la mayor destreza de cada obrero en particular; segundo, del ahorro de tiempo que comúnmente se pierde al pasar de una ocupación a otra, y por último, de la invención de un gran número de

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 8-9.

máquinas, que facilitan y abrevian el trabajo, capacitando a un hombre para hacer la labor de muchos”.<sup>10</sup>

Por otro lado, un factor que *limita* la división del trabajo es la disponibilidad de capital, ya que para lograr un mayor grado de división del trabajo es necesario proporcionarle a la fuerza laboral más (y mejores) herramientas y maquinarias para llevar a cabo la producción: “Así como la acumulación de capital, ... debe preceder a la división del trabajo, de la misma manera, la subdivisión de éste sólo puede progresar en la medida en que el capital haya ido acumulándose previamente”.<sup>11</sup> Otro factor que limita la división del trabajo es el tamaño del mercado:

Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión del mercado. Cuando éste es muy pequeño, nadie se anima a dedicarse por entero a una ocupación, por falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su trabajo, en exceso del consumo propio, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros.<sup>12</sup>

Como resultado de esto, aún si un mayor grado de división del trabajo es *técnicamente* factible, su factibilidad *económica* estará limitada por la extensión del mercado. Dicho de otra forma, la expansión del mercado para un producto resultará en un mayor grado de división del trabajo, incrementando la

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 20.

productividad. Esta proposición es de la mayor importancia para entender los aspectos dinámicos del crecimiento económico. Por estas mismas razones, las restricciones al comercio internacional tendrán efectos adversos sobre la productividad, ya que necesariamente limitan el tamaño del mercado, impidiendo la división internacional del trabajo. En cambio, el comercio libre y abierto tiene el efecto opuesto: “Gracias al comercio exterior, la limitación del mercado doméstico no impide que la división del trabajo sea llevada hasta su máxima perfección. Abriendo un mercado más amplio para cualquier porción del producto del trabajo que exceda las necesidades del consumo doméstico, lo estimula para perfeccionar y fomentar las fuerzas productivas, de suerte que alcance un desarrollo considerable el producto anual y, por consiguiente, la riqueza y la renta efectiva de la sociedad”.<sup>13</sup>

Por último, un entorno legal y político favorable puede contribuir significativamente a incrementar el flujo de inversiones productivas. Por tanto, el problema del desarrollo económico es para Smith en última instancia un problema institucional: ¿Cuál es el sistema que mejor garantiza el pleno desenvolvimiento del potencial económico de una nación? Sabemos, por supuesto, que Smith era decidido defensor del comercio libre en el plano internacional, ya que de esta forma se incrementaba la productividad nacional al ampliarse la extensión del mercado. En el plano doméstico, Smith también generalmente favorecía una política de mínima intervención del gobierno en el mercado:

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 394.

Proscritos enteramente todos los sistemas de preferencia o de restricciones, no queda sino *el sencillo y obvio sistema de la libertad natural*, que se establece espontáneamente y por sus propios méritos. Todo hombre, con tal que no viole las leyes de la justicia, debe quedar en perfecta libertad para perseguir su propio interés como le plazca, dirigiendo su actividad e invirtiendo sus capitales en concurrencia con cualquier otro individuo o categoría de personas. El Soberano se verá liberado completamente de un deber, cuya prosecución forzosamente habrá de acarrearle numerosas desilusiones, y cuyo cumplimiento acertado no puede garantizar la sabiduría humana ni asegurar ningún orden de conocimiento, ... , a saber, la obligación de supervisar la actividad privada, dirigiéndola hacia las ocupaciones más ventajosas a la sociedad.<sup>14</sup>

La acción espontánea del mercado generalmente producirá una asignación óptima de los recursos, maximizando por tanto el bienestar de la sociedad entera, aun cuando ésta no sea la intención de los individuos involucrados:

Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve ... pero en éste como en otros muchos

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 612 (las itálicas son nuestras). Contrastemos este pasaje con el comentario de Heckscher citado en la Nota 6.

casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones.<sup>15</sup>

Por otro lado, pretender asignar los recursos por medio de un plan deliberado requeriría mayores conocimientos que los que puede disponer cualquier individuo. Es más, la mera *presunción* de poder hacerlo lo descalifica para el efecto:

El gobernante que intentase dirigir a los particulares respecto de la forma de emplear sus respectivos capitales, tomaría a su cargo una empresa imposible, y se arrogaría una autoridad que no puede confiarse prudentemente ni a una sola persona, ni a un senado o consejo, y nunca sería más peligroso ese empeño que en manos de una persona lo suficientemente presuntuosa e insensata como para considerarse capaz de tal cometido.<sup>16</sup>

De hecho, existe un elemento falso y hasta ridículo en la noción de un gobernante que pretende administrar la economía de su pueblo: “Es una vana presunción que sus príncipes y ministros pretendan velar sobre la economía de aquellos pueblos, ... , cuando los más poderosos son los más pródigos de la sociedad. Velando aquellos sobre sus propios gastos, puede esperarse que sin otra diligencia contengan los suyos los particulares. ¡Si su propia extravagancia no arruina al estado, nunca lo logrará la de los súbditos!”<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 402.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 313.

Por último, el hecho es que las más de las veces el progreso de la sociedad no se ha logrado como consecuencia de las intervenciones de los gobernantes, sino *a pesar* de ellas:

Las grandes naciones nunca se empobrecen por la prodigalidad o la conducta errónea de algunos de sus individuos, pero sí caen en esa situación debido a la prodigalidad y disipación de los gobiernos .... A pesar de esto, la sobriedad y la buena conducta son suficientes, en la mayor parte de los casos, según parece confirmarlo la experiencia, para compensar no sólo los dispendios excesivos de algunas personas, y su equivocada conducta, sino incluso los de la disipación del gobierno. Aquel esfuerzo del hombre, constante, uniforme e ininterrumpido por mejorar de condición, que es el principio a que debe originariamente su opulencia el conjunto de una nación ... , es capaz, por regla general, de sostener la propensión natural de las cosas hacia su adelanto, a pesar de los gastos excesivos del Gobierno y de los errores de la administración; al igual que el desconocido principio vital restituye casi siempre la salud y el vigor, no sólo a pesar de las enfermedades, sino de las absurdas prescripciones de los doctores.<sup>18</sup>

## V

La teoría de Smith fue revolucionaria en su época porque contradecía directamente las políticas mercantilistas que predominaban entonces. (En la actualidad aún sobreviven remanentes de estas políticas, y que se siguen

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 309-310.

justificando con los mismos obsoletos argumentos.) Como ya señalamos, uno de los supuestos básicos de los mercantilistas era que toda política económica debía evaluarse en función de su efecto sobre la provisión nacional de metales preciosos. (Debe recordarse que en esa época la masa monetaria aún consistía principalmente de dinero metálico.) En ausencia de minas de oro y plata domésticas, el objetivo primario de la política comercial debía ser el de lograr el mayor exceso de exportaciones sobre importaciones posible (i.e., lo que se conoce como una balanza comercial favorable), siendo éste el único medio de incrementar la provisión de metales preciosos. Para lograr una balanza comercial favorable debían fomentarse las exportaciones y/o restringirse las importaciones por medio de intervenciones del gobierno diseñadas y administradas para el efecto.

Las críticas de Smith a las doctrinas y políticas mercantilistas proceden sobre varios frentes. En primer lugar, la teoría y práctica del mercantilismo eran incompatibles con su propio modelo de crecimiento, que se basaba en el funcionamiento del mercado libre. Más concretamente, en el modelo smithiano las restricciones al comercio libre limitan la extensión del mercado, y por tanto el grado de división del trabajo, que es la fuente última del crecimiento económico.

Sin embargo, Smith no se limitó a criticar a los mercantilistas en términos de su propio marco conceptual, sino que también atacó duramente las bases mismas de la doctrina, empezando por la errónea identificación de dinero y riqueza: “Sería cosa ridícula en extremo empeñarse en probar seriamente que la riqueza no consiste en dinero, o en la plata y el oro, sino en lo que se compra con el dinero, y

que éste sólo vale en cuanto compra”.<sup>19</sup> El hecho es que *dinero* y *riqueza* son realmente dos cosas diferentes, y un incremento en la cantidad de dinero no constituye en sí mismo un incremento en la riqueza real del país. El caso del descubrimiento de América es ilustrativo a este respecto. Este evento fue de la mayor importancia para Europa, según Smith, pero no debido al influjo de metales preciosos que ocasionó, sino más bien por la tremenda ampliación de los mercados a que dio lugar:

Al abrir un mercado tan amplio y nuevo a todas las mercancías de Europa, promovió en las artes una ulterior división del trabajo e hizo posibles adelantos que de otra manera nunca hubieran podido tener lugar, por falta de mercado donde colocar una cantidad tan grande de sus productos en el ámbito limitado del comercio antiguo. Las facultades productivas del trabajo se perfeccionaron y fortalecieron, incrementóse el producto de ellas en todos los países de Europa y creció con él el ingreso y la riqueza real de todos sus habitantes. Casi todas las mercaderías de Europa constituían una novedad para América, y las de América para Europa. Con ello se vino a establecer un nuevo género de cambios en que antes no se había pensado, y que naturalmente había de resultar igualmente ventajoso para el Continente recientemente descubierto como para el Antiguo.<sup>20</sup>

## VI

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 385-386.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 395.

El ataque prosigue inmisericorde. Las doctrinas mercantilistas no sólo están basadas en errores conceptuales, sino que violan flagrantemente el más elemental sentido común:

Lo que es prudencia en el gobierno de una familia particular, raras veces deja de serlo en la conducta de un gran reino. Cuando un país extranjero nos puede ofrecer una mercancía en condiciones más baratas que nosotros podemos hacerla, será mejor comprarla que producirla, dando por ella parte del producto de nuestra propia actividad económica, y dejando a ésta emplearse en aquellos ramos en que saque ventaja al extranjero.<sup>21</sup>

Por último, los mercantilistas confunden fines y medios, tomando la actividad económica como un fin en sí mismo, olvidando que en última instancia el propósito final de toda actividad económica es la satisfacción de las necesidades humanas:

El consumo es la finalidad exclusiva de la producción, y únicamente se deberá fomentar el interés de los productores cuando ello coadyuve a promover el del consumidor. El principio es tan evidente por sí mismo que no merece siquiera la pena de tomarse el trabajo de demostrarlo. Pero, con arreglo a las máximas del sistema mercantil, el interés del consumidor se sacrifica constantemente al del productor, y pretende considerar la producción, y no el consumo, como si fuera el objeto y finalidad de toda la industria y de todo el comercio.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 403.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 588-589. Esta observación, aunque evidente, es frecuentemente olvidada incluso hoy en día. Por ejemplo, en la actualidad acostumbramos medir la

---

riqueza de una nación por medio de su Producto Interno Bruto, pero no siempre tomamos en cuenta que una alta tasa de crecimiento del PIB total no implica necesariamente una mejoría en la provisión de bienes de consumo. La economía de la Unión Soviética, por ejemplo, tuvo altas tasas de crecimiento económico en el siglo XX, pero en la práctica la mayor parte del incremento en la producción consistía de bienes de capital, que eran reinvertidos en el proceso productivo, y hubo muy poca mejoría en el nivel de vida de los consumidores. Lo que es peor, el alto nivel de inversión no generaba mayores incrementos en la productividad, y es por esto que para sostener una misma tasa de crecimiento la economía soviética requería niveles de inversión mucho mayores que los que se requerían en economías más productivas. Lo que no está claro, sin embargo, es si debiera interpretarse como crecimiento económico un incremento en la producción de bienes que son dedicados únicamente a mantener el mismo aparato productivo (perdiendo de vista que en última instancia la razón de ser del aparato productivo debe ser la producción de bienes de consumo). Por cierto que muchos economistas occidentales habían observado desde hacía mucho tiempo este fenómeno — véase, por ejemplo, G. Warren Nutter, “Industrial Growth in the Soviet Union”, *American Economic Review*, 48 (2) (1958), pp. 410-411. Un buen análisis de los problemas de la economía soviética hacia finales de los años ochenta (i.e., poco antes de su colapso) es el de Richard E. Ericson, *The Soviet Union, 1979-1990* (San Francisco, CA: International Center for Economic Growth, 1990).

## VII

Smith mismo no era muy optimista en cuanto a la factibilidad política de sus propuestas:

Esperar que en la Gran Bretaña se establezca enseguida la libertad de comercio es tanto como prometerse una Oceana o una Utopía. Se oponen a ello, de una manera irresistible, no sólo los prejuicios del público, sino los intereses privados de muchos individuos.<sup>23</sup>

El tiempo, sin embargo, desmintió esta predicción, ya que a principios del siglo XIX, sólo pocas décadas después de la muerte de Smith, Gran Bretaña adoptó con éxito el modelo smithiano, lo que la llevó al liderazgo económico mundial.

A lo largo del siglo XIX la aplicación de los principios de libre comercio propugnados por Smith — y fortalecidos teóricamente por los aportes de David Ricardo y otros economistas de lo que se conoce ahora como la “escuela clásica” de economía política — condujeron a una tremenda expansión del comercio internacional, con enormes beneficios en términos de desarrollo económico mundial. Esto fue reconocido incluso por los más severos críticos del capitalismo. Por ejemplo, Marx y Engels, en su “Manifiesto Comunista”, expresaron gran admiración por los logros económicos alcanzados por lo que ellos llamaban el “sistema burgués”:

La burguesía ha desempeñado, en la historia, un papel altamente revolucionario ... [H]a creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado

---

<sup>23</sup> Smith, *op. cit.*, p. 415.

campañas muy distintas a las emigraciones de los pueblos y a las Cruzadas  
.... Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y  
al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra  
a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras  
.... La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con  
un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y  
más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El  
sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la  
aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de  
vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de  
continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones  
enteras surgiendo por encanto, como si brotaran de la tierra. ¿Cuál de los  
siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas  
productivas dormitasen en el seno del trabajo social?<sup>24</sup>

Gracias al comercio internacional, se logró un alto grado de integración de las  
economías nacionales. En efecto, lo que hoy en día llamamos “globalización” era  
ya una realidad tangible a fines del siglo XIX. El grado en que la economía mundial  
se había “globalizado” antes de la Primera Guerra Mundial fue descrito por John  
Maynard Keynes poco después de finalizado dicho conflicto:

¡Qué episodio tan extraordinario en el progreso económico del hombre fue  
aquella época que llegó a su fin en agosto de 1914! Es cierto que la mayor

---

<sup>24</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, “Manifiesto del Partido Comunista” [1848], en  
*Obras Escogidas*, vol. I (Moscú: Editorial Progreso, 1977), pp. 23-25.

parte de la población trabajaba duro y vivía con un bajo nivel de comodidad, pero, según todas las apariencias, estaba razonablemente satisfecha con esta suerte. Pero el escape era posible, para cualquier hombre con capacidad o carácter que excediera en algo el promedio, hacia las clases media y alta, para quienes la vida ofrecía, a bajo costo y con el menor problema, comodidades, amenidades y beneficios más allá del alcance de los monarcas más ricos y poderosos de otras épocas. El habitante de Londres podía encargarse por teléfono, mientras tomaba el té de la mañana en la cama, los diversos productos de toda la tierra, en la cantidad que considerara adecuada, y esperar razonablemente que se le entregaran pronto en la puerta de su casa; podía, al mismo tiempo y por los mismos medios, aventurar su riqueza en los recursos naturales y nuevas empresas de cualquier parte del mundo, y compartir, sin esfuerzo y sin problemas, sus futuros frutos y ventajas; o podría decidir confiar la seguridad de su fortuna a la buena fe de los habitantes de cualquier municipio importante de cualquier continente que su imaginación o información le recomendaran. Podía conseguir inmediatamente, si lo deseaba, medios de transporte baratos y cómodos hacia cualquier país o clima sin pasaporte u otra formalidad, podía enviar a su sirviente a la oficina vecina de un banco para obtener el suministro de metales preciosos que le pareciera conveniente, y luego podría viajar a lugares extranjeros, sin conocimiento de su religión, idioma o costumbres, llevando consigo riqueza acuñada, y se consideraría muy agraviado y muy sorprendido ante la menor interferencia. Pero, lo más importante de todo, consideraba este estado de cosas como normal, seguro

y permanente, excepto en la dirección de una mejora ulterior, y cualquier desviación de él como aberrante, escandalosa y evitable.<sup>25</sup>

Esta situación fue completamente trastocada por la Primera Guerra Mundial, y la tarea de reestablecer el sistema de comercio mundial libre y abierto que existía antes de 1914 llevó muchas décadas, principalmente debido a las extensas interrupciones geopolíticas y económicas causadas por las dos guerras mundiales y la Gran Depresión. No es posible proporcionar aquí un listado exhaustivo de los eventos que siguieron, pero en una brevísima relación de la historia del sistema de comercio mundial se destacarían los siguientes puntos clave:

- El establecimiento en 1947 del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) marcó el inicio de un esfuerzo sistemático para reducir los aranceles y otras barreras comerciales a través de negociaciones multilaterales. En los años cincuenta y sesenta del siglo XX, a través de sucesivas rondas de negociaciones del GATT, los aranceles se redujeron gradualmente y el comercio internacional comenzó a recuperarse.
- La formación de la Comunidad Económica Europea en 1957 (que más tarde formó el núcleo de la Unión Europea), desempeñó un papel crucial en la reducción de barreras comerciales entre sus estados miembros y en la promoción de la integración económica en Europa.

---

<sup>25</sup> John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* [1919], *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. II (London: Macmillan, 1971), pp. 6-7 (traducción libre).

- Ronda de Tokio (1973-1979) y Ronda de Uruguay (1986-1994): Estas rondas de negociación del GATT redujeron aún más los aranceles y abordaron las barreras no arancelarias, sentando las bases para el establecimiento de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995. La creación de la OMC marcó un hito significativo, ya que proporcionó un marco institucional más robusto para el comercio internacional, abarcando compromisos más amplios y profundos que el GATT.

Para mediados de la década de 1990, el mundo había reestablecido en gran medida un sistema de comercio libre y abierto similar al que existía antes de 1914. Este proceso tomó medio siglo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 hasta la creación de la OMC en 1995. Gracias a estos esfuerzos, el sistema de comercio mundial "globalizado" descrito por Keynes en 1919 es hoy en día reconocible para un habitante del siglo XXI (aunque la inexistencia de pasaportes sigue siendo difícil de visualizar).<sup>26</sup>

Pero no cantemos victoria, ni proclamemos prematuramente “el fin de la

---

<sup>26</sup> Como se podrá apreciar de esta apretada sinopsis, el sistema de comercio globalizado pre-1914 surgió espontáneamente, pero una vez disuelto por los eventos históricos mencionados, reconstituirlo requirió una prolongada y muy compleja serie de negociaciones multilaterales. Bernard Hoekman y Michel Kosteki, *The Political Economy of the World Trading System: The WTO and Beyond* (New York: Oxford University Press, 2001) ofrecen un análisis extenso de la economía política del sistema comercial mundial, centrándose en la evolución del marco del GATT/OMC y en las negociaciones que lo moldearon.

historia” — como lo hizo famosamente Francis Fukuyama en vísperas del colapso de la Unión Soviética y sus satélites en Europa del Este.<sup>27</sup> Aunque el actual sistema de comercio mundial se acerca mucho al que prevalecía pre-1914, el mercantilismo es una doctrina insidiosa que nunca desaparece del todo. De hecho, en Estados Unidos la política comercial de la administración Trump estaba predicada explícitamente en el proteccionismo, y en la administración Biden, aunque la retórica es diferente, no se ha modificado esta postura en la práctica. (La reciente aplicación de aranceles de 100 % sobre importaciones de carros eléctricos chinos es un ejemplo muy claro.<sup>28</sup>)

## VIII

---

<sup>27</sup> Francis Fukuyama, “The End of History?” *National Interest*, No. 16 (Summer 1989), pp. 3-18.

<sup>28</sup> *The Guardian*, May 14, 2024. Los dos capítulos de *La riqueza de las naciones* donde se critican las teorías mercantilistas podrían ser leídos, con mucho provecho, por el expresidente Donald Trump y sus asesores (especialmente en vista de su extraña creencia de que las guerras comerciales son “fáciles de ganar”). En su actual campaña electoral, el expresidente Trump ha anunciado que, si es reelegido, elevará los aranceles estadounidenses a 60 % sobre el valor de importaciones de China, y a 10 % sobre importaciones del resto del mundo, lo cual elevaría el arancel promedio en Estados Unidos a 17 % (Greg Ip, “Tariffs Wielded as a Geopolitical Tool”, *Wall Street Journal*, May 31, 2024, p. A1). Actualmente el arancel promedio en ese país es de 2 %.

Pero el país donde más se evidencia la práctica del mercantilismo en estos tiempos es China. Este país fue testigo de grandes transformaciones en las últimas cuatro décadas, y de hecho, una lectura superficial de su historia económica reciente podría hacer pensar que es un buen ejemplo de la aplicación del modelo “smithiano”. En efecto, desde que Deng Xiaoping implementó su programa de reformas económicas en los años ochenta del siglo XX, China logró desarrollar una de las economías más pujantes del mundo, y uno de sus logros más impresionantes ha sido la reducción en la pobreza.<sup>29</sup>

Por otro lado, en su ascenso como potencia económica global, y especialmente en las últimas dos décadas, China ha implementado una serie de políticas que reflejan ciertos aspectos mercantilistas, a pesar de su integración en el sistema de comercio internacional. Concretamente:

---

<sup>29</sup> Gracias a las reformas de Deng y sus sucesores, cientos de millones de personas pudieron salir de la pobreza extrema, especialmente en las últimas dos décadas del siglo XX. De hecho, dado el tamaño de la población china, la reducción de la pobreza en China en esos años fue tan grande que impactó sobre la incidencia de la pobreza a nivel mundial. Hace unos años, por ejemplo, en un estudio del Banco Mundial se estimó que entre 1980 y 2000 la mayor parte de la reducción de pobreza extrema a nivel mundial se dio como resultado de las tendencias en China (Shao-hua Chen y Martin Ravallion, “How Have the World’s Poorest Fared since the Early 1980s?” *World Bank Research Observer*, 19 [2] [2004]: 141-169).

1. El gobierno chino mantiene un control significativo sobre sectores estratégicos de la economía a través de empresas estatales. Esta intervención permite al gobierno dirigir la producción y las inversiones en áreas consideradas cruciales para el desarrollo económico y la competitividad global, similar al enfoque mercantilista de utilizar el poder del estado para dirigir la economía.
2. China ha promovido activamente sus exportaciones mediante subsidios, incentivos fiscales y políticas que favorecen a las empresas exportadoras. Al igual que en el mercantilismo, donde se valoraban las exportaciones como una fuente principal de riqueza nacional, China busca aumentar su superávit comercial para acumular reservas de divisas y fortalecer su posición económica global.
3. China implementa medidas proteccionistas para proteger sus industrias nacionales. Estas medidas incluyen aranceles, cuotas de importación y barreras no arancelarias, así como estrictas regulaciones y normas técnicas que dificultan la entrada de productos extranjeros. Este enfoque se asemeja al mercantilismo, donde la protección de la producción nacional era una prioridad para preservar la riqueza y el empleo internos.
4. Por mucho tiempo el gobierno chino ha sido acusado de mantener su moneda, el yuan, artificialmente subvaluada para hacer más competitivas sus exportaciones en el mercado internacional. Aunque China ha permitido cierta apreciación del yuan en años recientes, la gestión del tipo de cambio sigue siendo una herramienta para favorecer las exportaciones.
5. Como resultado de estas políticas, China ha acumulado vastas reservas de divisas, particularmente en dólares estadounidenses, a través de su superávit comercial. (La acumulación de reservas internacionales es el equivalente moderno

de la acumulación de metales preciosos en los siglos XVI y XVII. En ambos casos, dicha acumulación es vista como una medida de la riqueza y el poder nacional.)

Todas estas políticas reflejan aspectos del mercantilismo, adaptados a las condiciones del siglo XXI y a la economía globalizada. A través de la intervención estatal, el fomento de las exportaciones, la protección de la industria nacional, la manipulación de la moneda y la acumulación de divisas, China ha seguido un camino que busca fortalecer el poder del Estado y consolidar su posición como una potencia global. Dado el peso específico de China en la economía mundial, estas tendencias son sin duda preocupantes, y no solo demuestran la persistencia de ideas mercantilistas en la política económica moderna, sino que plantean grandes desafíos para el comercio y la cooperación internacional en el siglo XXI.<sup>30</sup>

(Hemos tratado en este ensayo de eludir cuestiones de ideología política, pero no está de más comentar que China sigue siendo gobernada por un partido comunista autoritario que no muestra signo alguno de apertura democrática. Durante las primeras décadas de las reformas, muchos observadores occidentales pensaron que la apertura de China al mercado mundial produciría también, gradualmente, una apertura similar en el ámbito político, pero hasta ahora esto no ha sucedido ni remotamente, y tampoco hay señales de que pueda suceder en un

---

<sup>30</sup> El libro de Paul G. Clifford, *The China Paradox: At the Front Line of Economic Transformation*, 2ª ed. (Boston, MA: DeGruyter, 2022), explora la transformación económica de China, explicando cómo la misma combina elementos tanto de la economía de mercado y como del mercantilismo, y ofrece una perspectiva detallada sobre las políticas económicas y el papel del Estado.

futuro previsible. Más bien todo parece indicar que, bajo el mando del líder actual, Xi Jinping, las cosas de hecho están empeorando en este aspecto.)

## IX

En el siglo XX la demostración más elocuente de la validez del análisis smithiano lo constituyen las dramáticas diferencias que se observan en el desempeño de los países subdesarrollados. En el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, muchos de estos países adoptaron políticas de desarrollo que se pueden describir como “orientadas hacia adentro”, esto es, protegiendo sus industrias domésticas por medio de barreras arancelarias y otras restricciones a la importación. El otro grupo de países, menos numeroso y ejemplificado principalmente por Corea del Sur y Taiwán, adoptó políticas “orientadas hacia afuera”, integrándose al mercado mundial y abriendo sus economías domésticas a las fuerzas de la competencia internacional. (En el ámbito latinoamericano un caso similar es el de Chile, cuyo desarrollo económico contrasta marcadamente con el de la mayoría de los otros países de esta región.)

Es bien sabido, por supuesto, que los resultados obtenidos se inclinan enormemente en favor del segundo grupo de países, aunque no es éste el lugar para realizar una crónica detallada de sus logros económicos.<sup>31</sup> Baste con señalar

---

<sup>31</sup> El despegue económico de Taiwán y Corea del Sur ya era notorio desde mediados de los años ochenta del siglo pasado. Sobre este tema véase S. C. Tsiang, “Taiwan’s Economic Miracle: Lessons in Economic Development”, en A. C. Harberger (ed.), *World Economic Growth* (San Francisco, CA: ICS Press, 1984),

que estos países no sólo evitaron los problemas del desarrollo hacia adentro, sino que participaron más plenamente de los beneficios que proporciona el comercio internacional: mejor asignación de recursos y un uso más intensivo de la mano de obra doméstica. Puesto que los mercados domésticos de los países subdesarrollados son muy pequeños, la participación en el comercio internacional les permite trascender las limitaciones de sus mercados internos para aprovechar economías de escala y utilizar plenamente su capacidad instalada. Por último, al generar mayores ingresos, la participación en el comercio internacional también tiende a incrementar el ahorro doméstico, proporcionando los recursos necesarios para financiar futuras inversiones.

---

pp. 301-25, y Lawrence J. Lau (ed.), *Models of Development: A Comparative Study of Economic Growth in South Korea and Taiwan* (San Francisco, CA: International Center for Economic Growth, 1990). ). Con relación a Chile, a mediados de los años setenta del siglo XX ese país inició una apertura de su economía por medio de una serie de reformas inicialmente impuestas por un gobierno militar pero que fueron mantenidas por sucesivos gobiernos civiles luego del retorno a la democracia en 1989. En su libro *The Chile Project: The Story of the Chicago Boys and the Downfall of Neoliberalism* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2023), el economista chileno Sebastián Edwards proporciona una descripción histórica muy detallada de los logros del “modelo chileno” y de las fortalezas (y debilidades) de las reformas implementadas por los llamados “Chicago Boys”.

En general, la evidencia empírica favorece abrumadoramente la validez de lo que hemos llamado aquí “el modelo smithiano”. Un buen acercamiento a esta evidencia se obtiene mediante el análisis de un indicador comparativo muy utilizado en la actualidad para medir el grado de “libertad económica” en un país. Este índice, conocido como el “Economic Freedom of the World Index”, fue desarrollado por un grupo de investigadores encabezado por James Gwartney y Robert Lawson, y ha sido publicado con regularidad por el Instituto Fraser, de Canadá, desde hace casi tres décadas (el primer informe fue publicado en 1996). No viene al caso repasar aquí los aspectos técnicos y los componentes detallados de este índice. Pero lo que vale la pena resaltar es que, en la práctica, dicho índice mide numéricamente el grado en que la economía de un país se aproxima al ideal del sistema económico pregonado por Smith. Y lo que es aún más interesante, existe abundante evidencia cuantitativa de que los países que puntúan alto en el índice de libertad económica efectivamente tienen tasas más altas de crecimiento económico a largo plazo, y por tanto mayores niveles de ingresos reales per cápita. En el estudio más reciente de esta correlación los autores realizaron una detallada revisión de 137 trabajos empíricos publicados desde 1997, y constatan que la gran mayoría de estos trabajos encuentran que la libertad económica está positivamente relacionada con los ingresos reales, con el crecimiento económico, y con la inversión.<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> Robert Lawson, Vincent Miozzi y Meg Tuszynski, “Economic Freedom and Growth, Income, Investment, and Inequality: A Quantitative Summary of the Literature”, *Southern Economic Journal*, 90 (4) (2024): 1099–1135.

## X

En conclusión, el legado de Adam Smith perdura como un faro de luz en la economía mundial moderna, aunque su realización completa siempre ha enfrentado desafíos persistentes. A pesar del temprano escepticismo de Smith sobre la inmediata adopción de la libertad de comercio en Gran Bretaña, la historia demostró la efectividad de sus principios a largo plazo. El siglo XIX fue testigo del ascenso imparable del comercio internacional basado en la teoría smithiana, facilitando un crecimiento económico sin precedentes y transformaciones tecnológicas que marcaron la era moderna.

Sin embargo, el camino hacia un sistema global de comercio libre y abierto no fue lineal ni exento de retrocesos. Las guerras mundiales y la Gran Depresión perturbaron gravemente este progreso, dando paso a períodos de proteccionismo y políticas económicas intervencionistas que amenazaron con revertir los avances logrados. A pesar de estos obstáculos, la creación de instituciones como el GATT, a mediados del siglo XX, y posteriormente la OMC, marcó un renacimiento en los esfuerzos por restaurar y fortalecer el comercio internacional bajo principios más liberales.

Hoy en día, mientras el mundo se acerca nuevamente a un sistema económico globalizado, impulsado por avances tecnológicos y la interconexión global, persisten desafíos significativos. La resurgencia de tendencias proteccionistas en potencias económicas como Estados Unidos y China subraya la fragilidad inherente a la adopción universal de las ideas de Smith. China, en particular, ha

adoptado políticas que reflejan aspectos mercantilistas adaptados al contexto contemporáneo, desafiando el paradigma smithiano.

En última instancia, la experiencia de los países que optaron por la apertura económica y la integración global, como Corea del Sur, Taiwán y Chile, contrasta notablemente con aquellos que han preferido el proteccionismo y el desarrollo hacia adentro. La evidencia empírica respalda consistentemente la premisa smithiana que la libertad económica y la apertura al comercio internacional son catalizadores fundamentales para el crecimiento económico sostenido y la prosperidad nacional.

Así pues, la relevancia contemporánea de Adam Smith no solo radica en su análisis profundo de los principios económicos fundamentales, sino también en su capacidad para ofrecer lecciones vitales para los desafíos económicos y políticos del siglo XXI. La pregunta final persiste: ¿Aprenderemos de manera efectiva las lecciones de la historia económica, o nos veremos tentados a repetir los errores del pasado? La respuesta a este interrogante será crucial para el futuro del sistema económico global y para el bienestar de las generaciones venideras.